

Escoba de quince

Después de la neumonía el viejo no había quedado bien, perdió mucha masa muscular y apenas se podía mantener en pie por sus propios medios. Era imposible que se quedara junto a nuestra madre en su propia casa, por eso no nos quedó otra que llevarlo a un hogar de ancianos.

Este tipo de cosas son muy dolorosas para la familia pero el sentido común y tener una visión clara sobre la realidad que se atraviesa hace que la decisión tomada mitigue de alguna manera el profundo sentimiento de culpa.

Le habíamos preparado el bolso con la ropa y con la misma ambulancia con la que salió del hospital fuimos directo al geriátrico. Lo bajamos en una silla de ruedas y entramos. Un grupo de enfermeras le dieron la bienvenida con mucho cariño, lo llevaron al parque, le mostraron el salón y por último lo acompañaron a su cuarto para presentarle a su nuevo compañero.

El otro viejo estaba como hipnotizado mirando el noticiero y no se dio cuenta que nosotros le estábamos invadiendo la habitación. Al rato mi hermano y yo nos organizamos para que los siete días de la semana siempre estuviese uno de nosotros para que papá no sintiera que lo habíamos abandonado como un paquete. Mi mamá no entendía mucho lo que estaba pasando, ella también estaba empezando a transitar su enfermedad con lo cual hubiera sido imposible que pudiese atender, como hubiera querido, a un hombre de más de noventa kilos.

Cuando nos estábamos preparando para despedirnos y dejarlo por primera vez junto a un grupo de desconocidos en un lugar que no era el suyo me agarró de la mano con fuerza y me dijo:

—¡Sacame de acá!

Hice oídos sordos a su petición y miré a mi vieja para ver si había escuchado. No quería causarle más dolor.

De joven, mi viejo era un ávido contador de chistes y le encantaban todo tipo de juegos de mesa, ajedrez, damas, pero sobre todo se apasionaba con los juegos de naipes. Lo primero que le llevé, por error, en mi primer visita fue un juego de ajedrez magnético y rápidamente me di cuenta de que su torpeza con las manos no le permitían mover las fichas como su cerebro, hasta ese momento, le indicaba. La desilusión por la fallida iniciativa me hizo pensar que tenía que encontrar otros métodos para poder pasar mas tiempo a su lado y poder decirles todas esas cosas que nunca dije cuando su salud aún estaba en condiciones.

Al día siguiente fui a comprar un mazo de cartas en la librería, sabía que eso lo iba a entusiasmar y nos permitiría pasar un rato riéndonos y abstrayéndonos de la locura que pasaba alrededor de nuestra mesa.

Algunos viejos cantaban, otros miraban la televisión a todo lo que da, otros gritaban, unos pintaban mandalas, otros se peleaban y nosotros estábamos súper concentrados jugando a la escoba de quince.

Ese día volví feliz, no solo había pasado un rato divertido con mi padre sino también había hecho que él se riera y me contara algunas anécdotas de su infancia. Le comenté a mi hermano del hallazgo que

había logrado con las cartas y obviamente él me imitó en los días que le tocaba visitarlo.

Los días pasaron y las partidas de escoba de quince se hacían interminables, anotábamos el puntaje en una libreta y él era feliz cada vez que levantaba los siete de oro para sumar el quince. Habíamos hecho campeonatos y hasta hubo algunas veces que los tres participábamos de las partidas. Para mi era una señal clara que su cerebro aún respondía a los estímulos, hacía las cuentas a una velocidad similar a mía y el hecho de perder un partido, para mi, era una victoria que me colmaba el alma.

Pero los meses fueron pasando, las complicaciones se fueron sumando y la dinámica de las partidas se había hecho compleja. Ya las cuentas no fluían como al principio. Tomaba una sota y un dos y lo marcaba como escoba, tomaba un cuatro y un rey y lo mismo. Todo fue gradualmente de mal en peor, como una catarata de petróleo caliente que se nos caía encima.

Ya no me contaba anécdotas, solo tomaba las cartas y las apilaba a su derecha. Al principio lo corregía y él se daba cuenta, pero a los pocos días ya no reaccionaba a mis comentarios. La escoba de quince se había convertido en otro juego, había que tomar cartas sin importar su puntaje y llevarlas a una pila. Yo me daba cuenta de que mi viejo ya no era él que en el juego de la escoba de quince había encontrado un medio para pasar sus últimos ratos juntos.

Un día ya no quiso jugar más. Yo tengo ese mazo de barajas en mi escritorio. Muchas veces siento que en el juego de la vida nos habían quedado sobre el tapete esas cartas que no pudimos levantar aunque sumaran quince, aunque sumaran motivos para poder abrazarlo.